

SINFONIA DEL TIEMPO

PRIMAVERA

La Primavera, gozosa,
se perfuma y contonea.
Al fin y al cabo, ¡mujer!
mujer que se sabe bella
y que se viste de flores
como el Cielo, con estrellas.
¿Qué tendrá la Primavera,
para ser tan hechicera?

VERANO

Rico en oro, los triguales;
oro viejo, los rastros
cuando se inflaman de rojos
crepúsculos vesperales;
tiene el sendero amapolas,
las umbrías, campanillas
y las doradas semillas
murmullo de caracolas.

OTOÑO

El sol matizó su cruz
en opacas transparencias;
Baco, halla complacencias
en sus racimos de luz;
el grillo alegre, murió,
cuando se aró en la besana.
¿Por qué siembras, labrador,
estando fría la mañana?

INVIERNO

En invierno, el campo triste,
su traje de armiño viste.
Blanco ropaje de frío
tienen los campos de invierno.
¿Por qué calló el ruiseñor
sien la lumbre, cuenta cuentos,
un viejecito temblón?
En invierno, el campo triste,
llora la puesta de sol.

J. RAMOS APARICIO

Excursión al castillo de Trevejo

CAMINO enlosado; entre olivos gigantes de grandes ramas, retorcidas y nudosas, troncos en inverosímil existencia, hechos giros y paredes de huertos, nos alejamos de Villamiel, por pendiente pronunciada, que obliga a gran esfuerzo para conservar la verticalidad. En las piedras del suelo inscripciones, verdadera colección de picaresca vulgar, recuerdo a la «dañala» o reproche mordaz, que leerá, cuando banasta a la cabeza vaya al río, a limpiar la ropa entre espumas y conversaciones no tan limpias como ellas.

Terminamos el descenso. Para iniciar la subida, cruzamos el arroyo de la Puente, por dos vigas de madera toscas y oscuras, enlazadas por palos cubiertos de tierra. Estrecho y difícil de pasar para los distraídos. Sobre bajas paredes graníticas se eleva altivo el castaño, luciendo su frondosa copa. En prados de fresca hierba pace tranquilo, indiferente, el vacuno. En los «poyos», vides enclenques se agarran al suelo para no desaparecer.

Parece que llega el final de la pendiente. No es así. Nuestra vista puede volar más amplia y posarse sobre paisajes que, con gran variedad, forman el conjunto que caracteriza a Sierra de Gata. Sierras coronadas de picachos, sin vida. Laderas de roble y castaño, llenas de agua y ganado. Valles de huertas, viñas, prados, frutales, predominando la higuera. Zonas más reducidas, donde se cultivan los cereales. Crestas del Garduño, Santa Olalla, Sierra Cachaza, Elvillo y Barrito Blanco, Jálama...

Después de un alto, seguimos faldeando el cerro de Los Mártires. Peñascos, brotes de hierba amarilla, cabras saltando, osadas, pero seguras, sobre los riscos, sin vacilación.

A poco de marchar termina la subida. Frente a nosotros, el pueblo. A la izquierda, una gran piedra, con forma de cabeza humana: el Canto de la Nariz. Su posesión es motivo de orgullo para los nativos:

«Tres cosas tiene Trevejo,
que no las tiene Madrid:
el castillo, el callejo
y el Canto de la Nariz.»

Corto descenso y Trevejo. Calles caprichosamente trazadas, en distintos planos, en varios trozos faltas de casas. Fachadas de piedras, sin blanquear, algunas labradas, procedentes del castillo que le dió vida y fama. Ni un escudo heráldico, ni el más mínimo detalle que acuse que han sido ocupadas por nobles. Todo lo era y tenía el Señor del castillo. Varias casas pregonan la huída de sus dueños, mostrando las paredes, sujetas por vigas que alargan su caída.

Cruzamos el pueblo con rapidez, por el camino de ronda. Torre separada de la Iglesia. En su espadaña, escudo de Torres y Tapia. En su base, diseminados, aislados, sólo dos unidos, varios sepulcros de piedra, al parecer prehistóricos.

Frente a nosotros el castillo, en esfuerzo por sobrevivir. Casi arruinado, sombra de lo que fué. Llegamos a él por la ruta de los conquistadores, como lo prueba el que en ella esté el citado cerro de Los Mártires, avanzada sin duda, de las defensas, baluarte que había que tomar antes de llegar frente a sus muros. Por otra parte el acceso desde otras direcciones es casi imposible, que ocupa el castillo la cima de un cerro, cuyas laderas caen en accidentado y brusco descenso. Con tranquilidad y sin prisas cuesta gran esfuerzo y tiempo subirlas. En guerra casi imposible.

Desde el campanario comenzamos la subida al castillo, saltando sobre bloques de piedra, que cayeron para no testificar y sentir la pérdida de sus glorias. Ruinas, restos. Sorteando dificultades llegamos a una puerta, abierta según la inscripción, en el reinado de Felipe V. Un pequeño patio. Entrando a la derecha, parte de la fachada de la torre del homenaje, que es la mejor conservada. La adorna un escudo, bajo una pequeña cornisa adornada con las clásicas bolas una cruz de Malta; sigue un león empinado sobre un yelmo que mira hacia la izquierda, yelmo que cabalga sobre el vértice superior del escudo colocado en dragones. El escudo lleva un árbol delante de una torre. Dos banderas una a cada lado, con un cáliz cada una, sobre el cual se ve una Cruz. Debajo una inscripción gótica de solo dos renglones.

Por el hueco de una piedra caída se baja a lo que fué aljibe. Dimensiones reducidas. Abovedado, encalado de encarnado en la parte superior, la baja cubierta de tierra.

Un portado estrecho, elevado sobre el suelo. nos da paso al patio de armas. En la parte que mira a Villamiel, conserva alguna de sus defensas, en la opuesta un muro interior y como tal, sin defensas, con ventana al patio de entrada.

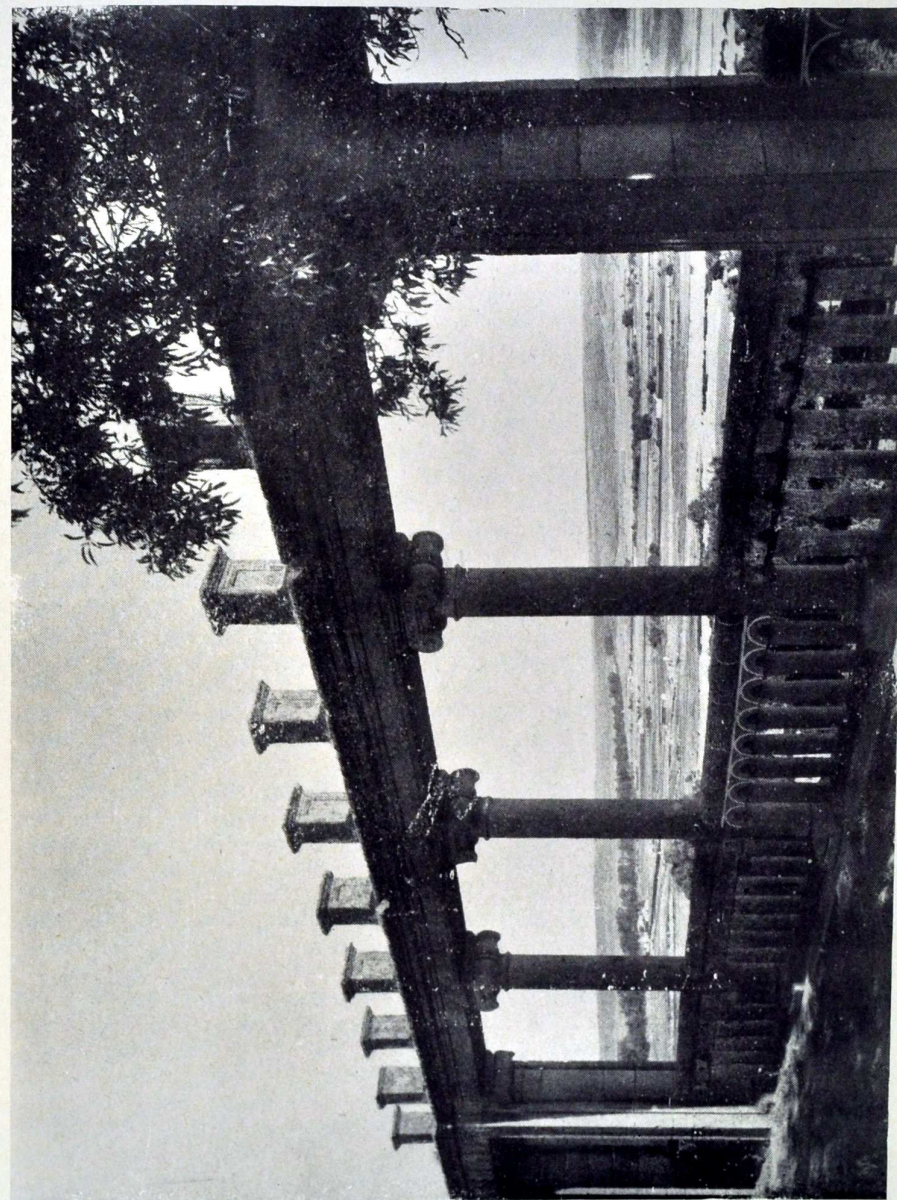
En excavaciones que hizo en el suelo don Jesús Delgado Valhondo, encontró, entre otras cosas, calaveras humanas perforadas por trozos de metralla, que conservaban dentro, lo cual nos hace creer que fueron de víctimas de alguna de las defensas del castillo.

Pasamos al interior. Sobre el portado el escudo descrito, que se repite en el interior. Habitación pequeña, en comunicación con ella otra cantería labrada como la anterior. De uno de sus ángulos arranca escalera para el segundo piso y bajada a los sótanos. Enfrente de la entrada, un departamento pequeñísimo y sin luz.

Pasamos a dos habitaciones más, sin techo como todas, con un solo lienzo de pared.

Por piedras caídas del piso vemos los subterráneos de cantería labrada, abovedados y espaciosos, comunicados entre sí.

Se observa en el interior del castillo dos construcciones distintas. La primera planta es de piedra en el interior, el segundo piso de pared corriente, hecha con cal. En el exterior son iguales los dos pisos.



ALBUM EXTREMEÑO: Coria. Palacio del Duque de Alba

Es seguro que tuviera galerías, que permitiesen a los defensores burlar la vigilancia y las privaciones del cerco. Hoy es imposible precisarlas. He oído a los viejos del lugar y de los alrededores, que una iba al regato de la Puente, al que podían bajar los ginetes sobre sus caballos. Otra más larga iba al Jálama, pasando bajo el pueblo, al llegar a la plaza había un recinto redondo, con varias puertas iguales y comunicadas, sólo por una podía seguirse camino. La verdad sobre ello es difícil.

De la historia del castillo poco se conoce. Su origen sigue envuelto en el misterio, parece que su ruina se consumó en la Guerra de la Independencia. Se conocen algunos episodios aislados que no permiten reconstruir su vida. D. Gervasio Velo nos deleitará con la narración de algunos hechos inéditos, que tuvieron por escenario sus muros.

Lo arranca a la media luna, incorporándolo a la corona de León Fernando II. En 6 de Marzo de 1186 lo dona a la Orden de Santiago, siendo Maestre don Fernando Díaz.

En 1222, sobre el cerco de Cáceres, lo cede a la Orden de San Juan. Prior de ella D. Pedro de Arias. El documento describe así sus pertenencias: «el cual está entre Monsanto y entre Alcántara y Coria, con todas sus derechos y pertenencias por sus términos, conviene a saber por la cabeza de Jálama y por la cabeza del Castañal, así como el agua de Elxas y la misma agua de Elxas. Corre arriba y vuelve arriba por Barbellido a la cabeza de Tiguallas y por la sierra a la cabeza de Nonvarón y va a Garganta Vieja y va en derecho arriba y a la misma cabeza de Jálama».

Se conoce que no se cumplió rápidamente la orden regia, ya que en el 1233 hace una reclamación sobre su posesión la Orden de San Juan.

Siendo Comendador Fray Diego de Bernal, 1465, llega ante él Alonso de Monroy, Clavero de Alcántara, recién escapado de prisión, «quebrando unas cadenas con sus manos y desquiciando puertas y vino a Robledillo y de allí escaló la fortaleza de Trevejo».

En 1474 se apodera de su fortaleza Fernán Centeno, que la pierde a los cinco meses, conquistándolo D. Ramiro, con tropas del Arzobispo de Toledo.

En 1453 era Comendador de él Ruy Gonzalo de Sotomayor, hijo de María García de Puebla de Alcocer, tercero de los varones de don Gutiérrez de Sotomayor, Maestre de Alcántara.

En la ejecutoria de nobleza de los Obregones se lee que en el cerco de Trevejo murió Juan de Obregón, según testimonio de Juan Lavado, vecino del lugar, que le sostuvo la candela en la mano cuando expiraba.

Hay una copla popular que nos habla del carácter de algún Comendador, con aire picaresco y velado:

«Ya se murió la serpiente
que habitaba en el castillo

que arrojaba por su boca
flores, claveles y lirios».

El escudo del castillo está esculpido en una losa funeraria, situada frente al altar mayor de la iglesia. Es posible que la estatua del que está enterrado bajo ella, sea una que, deteriorada, la vimos arrinconada en la tribuna del templo, en la visita que hizo D. Tomás Martín y D. Miguel Orti, a los cuales acompañé.

AURELIO MARCOS.

AVISOS

La sociedad armónica y equilibrada busca la perfección integral de sus miembros. Todo sistema político, que aporta soluciones incompletas, confunde la parte con el todo: si esta parte es la economía, que es la más ruín, convierte al hombre en bestia de carga y corcel salvaje.

El sacrificio tiene dos valores: uno subjetivo regulado por la intención de quien lo hace; otro objetivo, supeditado a la trascendencia del ideal que sirve. Sacrificarse por una tontería, más implica necesidad que buen discurso.

El que cuenta su vida y milagros al primer desconocido y le habla con nimios detalles por no reprimir la lengua, en perjuicio propio labora y rechaza la estimación ajena, porque es ley de naturaleza el interesarnos poco por lo muy conocido.

Sutil arte demuestra el que siempre tiene a los demás pendientes de sí: posee la medida oportuna, que valoriza y regula la propia entrega.

Recata los achaques y pasiones del ánimo, porque la gente confunde la flaqueza con la sinceridad: descubre tu pecho sólo el amigo, donde puedes hallar remedio a tus pesares. El vulgo los pondría en la picota de la crítica para matar tu reputación.

Un juicio profundo y sereno, bordado en sutil cañamazo de imágenes bellas, es la ilusión del hombre discreto.

«PRUDENS»

Zurbarán en Guadalupe

Un milagro de luz hecho armonía
brotó de tus pinceles al conjuro
de un ensueño de fé sobre los muros
de esta maravillosa sacristía.

Plasmastes una muda letanía,
inaprehensible, etérea, luminosa,
como un canto de amor, como una rosa
que colgase del manto de María.

Asombroso florón de Extremadura
que amorosa te oculta en su regazo
y te mima con ansia y con ternura.

Orgullo de esta tierra silenciosa
que así ofrenda su amor a la dulzura
de su Virgen Morena y milagrosa.

GREGORIO GALLEG0 CEPEDA



Portezuelo, 1951